

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península UNA PESETA al mes.  
Extranjero 7'50 PESETAS trimestres.  
Comunicados á precios convencionales.  
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18

MIÉRCOLES 16 DE JULIO DE 1902

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En segunda plana. . . . . 00'50 pesetas línea  
En tercera. . . . . 00'10 id id.  
En cuarta. . . . . 00'05 id id.

Administración: Saavedra Fajardo, 15.

## ESPAÑA EN EL EXTRANJERO

Es verdaderamente desconsolador el parecer que de la nación española tienen formado en el extranjero, sobre todo en Francia, y en particular sobre el tesoro español, hacendistas y hombres de negocios, todo aquel que en algo se ocupe de nuestro Tesoro. Prueba evidente de lo que decimos, ahí está el hecho, bien reciente para olvidado, de lo que sobre el particular dijeron hombres de negocios, como Siegfried, Juglar, Leroy-Beaulieu, Machet y Levy, hábiles economistas franceses y miembros de la sociedad de Economía Política, de la vecina república, dichos y declaraciones, que si son un tanto desacertadas, no por eso dejan de dar un rudo golpe á la reputación de nuestro actual estado fiduciario.

Monsieur Machet afirma «que la circulación de billetes de España es excesiva, pues según los últimos balances hay un excedente de 818 millones, que no tiene otra garantía que los pagarés de Ultramar, los cuales también responden de los cuantos corrientes importantes 647 millones, que considera como billetes en depósito.» Luego pasa á exponer los remedios para combatir la alza de los cambios, asegura que dos son los medios que se ofrecen á nuestra nación: financieros y económicos. En cuanto al financiero el único posible es, según dice, el de pagar la deuda al Banco, valiéndose de empréstitos interi res, ó de la importación de capitales extranjeros, si se les diese seguridad absoluta y pudieran restar algunos beneficios al importante, medida que juzga dicho economista menos eficaz que la arriba expresada.

En lo que atañe á la nueva ley del Banco Mr. Machet, no juzga pueda facilitar mejora á los cambios, antes cree, que poniendo al Banco en el trance de adquirir oro, subirían los cambios; y por lo que se refiere á un empréstito interior, lo cree contraproducente, atendiéndose á que los cambios tornarían á subir por la necesidad del déficit nacional.

A juicio de Mr. Siegfried, cuando los cambios se alejan de la par es preciso aumentar la reserva de oro para garantizar al público de que se pagarán los billetes en numerario. Es preciso, además, una balanza internacional favorable que permita la conservación del oro dentro del país y como medio para llegar á esta situación propone reembolsar al Banco con empréstitos interiores y después de emitir un empréstito exterior por debajo de la par al 5 ó 5 1/2 por 100. Como última medida considera de influencia la elevación del descuento, medida científica para impedir el éxodo del oro.

M. Levy se manifestó partidario del aumento de las reservas de oro y monsieur Juglar supuso que para hacer bajar los cambios en España bastaría con la elevación del descuento.

M. Leroy Beaulieu insistió en sus teorías, afirmando que no influyen en los cambios las garantías de la circulación, ni la balanza comercial, ni la cantidad de oro que puede el Banco tener en sus cajas. El Banco de Bélgica y aun el de Portugal, tiene encajes de oro más modestos que España y sin embargo el cambio está más bajo. La panacea para el famoso economista es el reembolso al Banco de sus pagarés en carter. Con esto bastará, según él, para que disminuyan la circulación y bajen los cambios.

Por los resultados pueden verse el concepto que de nosotros forman economistas y hombres de negocio del extranjero, que si andan desacertados en sus apreciaciones, no por eso dejan de acarrear grave perjuicio al Tesoro español, haciendo afirmaciones tan tristes para la hacienda de España. Urge, por ende, que nuestros economistas se preocupen de la situación fiduciaria de España en forma bien distinta de como lo han venido haciendo hasta aquí. Las declaraciones de Mr. Machet, Siegfried, Leroy-Beaulieu, Levy y Juglar, no son para echadas en saco roto, ante para tender á poner remedio al mal, so pena de que, siguiendo como hasta la fecha, perdamos el poco prestigio que aún nos resta en el extranjero.

## CRONICA

### DEGENERACIÓN

Un retrato, un rizo de cabellos, una carta que durmió largos años olvidada en un rincón, una vaga analogía, una semejanza fortuita, un paisaje, un perfume, una poesía, los acordes de una melodía que nos cautivó en días mejores, bastan para evocar en el espíritu la imagen melancólica de tiempos y cosas que fueron. A los que ya hemos transpuesto la cumbre de la vida, la traslación de los restos del duque de la Torre efectuada en Madrid, nos produjo un efecto idéntico. Toda la España de nuestros años juveniles, la España todavía heráica de la revolución, se alza, para revivir un instante en nuestro pensamiento de la negra tumba del olvido.

No alcanzamos nosotros á conocer al general Serrano triunfante de los carlistas en la primera guerra civil, rebelde á Espartero, favorito en la corte de Isabel II, ministro universal, colmado de honores. Pero le vimos combatiendo en Madrid con increíble denuedo en 1866 ó la misma revolución que había de acaudillar en Alcolea, condaciéndola á la victoria dos años después. Le vimos elevado á la más alta investidura política que puede ostentar en una nación quien no haya nacido en el trono. Le vimos peleando de nuevo cuerpo á cuerpo en San Pedro Abonado con los eternos enemigos de la libertad. Y le vimos, ya en sus postrimerias, dirigiendo aquel conato de demeracia monárquica que sucumbió al nacer, por las inclemencias del medio político á manos de las intrigas sagastinas. Séanlo leves sus errores. No es llegada aún para la memoria del hombre y del político la hora de las grandes justicias.

Pero si lo es para la España de la revolución, tan calumniada por la hipocresía y el servilismo de los restauradores. El reaccionarismo imperante ha ido substituyendo á la historia verdadera de aquellos revueltos y gloriosos días toda una pífida leyenda de odio y de falsía. Si; fueron aquellos tiempos sin duda agitados y turbulentos. En 1866 el partido progresista riñó solo su postrer combate, y O'Donnell ahogó en sangre la rebelión. En 1868 hundióse un trono, muchas veces secular, y sucumbió aquella reacción que aun pesa como losa funeraria sobre el genio nacional. En 1873, después del efímero y frustrado intento de monarquía democrática, luchó heroicamente la república contra dificultades sin cuento y afrontando tempestades apocalípticas. Todo eso se vió entonces. Lo que no se vió es un pueblo abatido, humillado, propicio á la servidumbre, que consiente sin lucha ni protesta en el despojo de su derecho; ni un régimen de falsía que tiene la piel democrática y las entrañas oligárquicas; ni una reacción que se entroniza y domina sordamente, sin pretextos que la justifiquen ni sucesos que la abonen; ni un gobierno pusilísimo que sacrificara á las amenazas del extranjero las justas susceptibilidades del sentimiento nacional.

Para que la historia sea maestra de la vida, hay que empezar por no falsificar la historia. Hay que presentar á esta generación nueva, criada en el limbo de la restauración, que no sabe nada porque nada ha visto ni sentido, la verdadera imagen de los hechos. Hay que decirle que esa libertad que ella menosprecia porque no le ha costado esfuerzo alguno el adquirirla, que esa libertad que se deja arrebatar, teniéndola en poco, como suelen desestimarse los bienes heredados, la conquistaron sus padres en luchas homéricas, al precio de su sangre. Que esa reacción que ella consiente sin saber oponerle obstáculo, es idéntica á la que sus mayores destruyeron en el año 1868, librando á España de una granignominia. Que aquella revolución tan rica en ideas que aun vivimos en sus destellos, tan fecunda en hombres que todavía la restauración se halla nutrida de sus trasfugas, significa el paso mas decisivo que haya dado España en todo el siglo para aproximarse á Europa. Que aquella república del 73, asunto favorito de novelas patibularias, sostuvo sin desmayo tres guerras civiles, herencia dos de ellas de la monarquía, mantuvo incólumes el prestigio y

el honor nacional, levantó ejércitos, sacó recursos de la nada, dejó al morir mejorada donde quiera la situación de nuestras armas, y legó á sus sucesores una memoria de rectitud y probidad administrativa que no han tenido luego semejante.

Y dicho todo esto, todavía no se habrá dicho bastante. ¿Cómo despertar en la fantasía desmayada, fria, incolora, de esa juventud sin calor, sin alientos ni ideales, la representación fiel de lo que fueron las ideas para la generación pasada? Sin duda faltaba á aquellos espíritus románticos la ponderación, la medida, la intuición de la realidad, el distinto de lo práctico y de lo posible. Pero ¡que anhelo de libertad! ¡Que hambre de justicia! ¡Que sed de ideal! ¡Que generosa devoción á todas las causas grandes y nobles! ¡Cuán completo olvido del propio provecho y del propio madre! ¡Que hermoso y santo desinterés! En estos sentimientos está la clave de aquellos hechos que resultan sin ella inexplicables. Estudiar los sucesos de entonces sin penetrar en el espíritu que los animaba, es como contemplar al baile sin escuchar la música. Tiempos revueltos, agitados, tormentosos: ¿que importa? ¿Por ventura el frío cálculo y la pacata prudencia que ahora imperan han bastado para librarnos de ruinas, infortunios y catástrofes? Si fuera dado al muerto recordar en su tumba los más turbados días de su existencia, ¿preferiría á esas agitaciones de la vida el silencio eterno y la inmovilidad del sepulcro?

Muy diversos son los sentimientos que dominan en estos tiempos positivos que alcanzamos. Nacen los niños sabiendo de coro la gramática parida, aunque no estudien nunca la otra. Cazar destinos, pescar dotes, agarrarse á buenas aldabas, aspirar con un buen matrimonio al ingreso en la yerno-acia; tales son las preocupaciones dominantes de la parte más avisada de nuestra decrepita juventud. Preocuparse en cosas desinteresadas es locura; discutir los grandes problemas sociales, morales, filosóficos y religiosos, pedantería de pésimo gusto. Se sigue la corriente, porque ella empuja hacia donde se quiere ir. Se hace ademán de profesar las ideas religiosas y políticas que imperan. En nada se muestra independencia; por nada se riñe batalla.

Se concierta el escepticismo más absoluto con la más refinada gazofoería. Se vá á misa sin creer en Dios. Se defiende la santidad de la familia al salir del lupanar, y el respeto á la propiedad frecuentando la timba. Se calcula para todo: para afiliarse á un partido, para contraer amistades, para amar, para casarse. Se quiere triunfar en la lucha, subir, medrar, engrandecerse, hacerse rico. Se hace de la fortuna un ídolo. No se conciben otros placeres sino aquellos que compra el dinero. Se experimenta hambre y sed de gobierno, de santo, de opulencia. Se desdénia á la virtud y se pone á la sinceridad en ridículo. Tal es en tesis general la generación formada en este gran pantano de la Restauración; juventud, en su mayoría, mesurada, apañada, sin desplantes ideales ni inquietudes revolucionarias, viva encarnación de la caducidad y la impotencia.

Quien quiera prosperar ciertamente ha de ser así. Pero ¿vale la pena? Los que han seguido otro camino, los que vinieron al mundo llena la mente de altas ideas y el corazón de generosos sentimientos, si en los azares de la vida no llegaron á claudicar, no podrán lisonjearse, al alcanzar la madurez, de haber hecho gran carrera. Una vejez de privaciones les aguarda tras largos años de labor y pobreza. Más de una vez en el curso de la trabajosa jornada se habrán sentido desfallecer. Más de una vez habrá amargado sus almas el espectáculo de la iniquidad. Más de una vez habrán visto prodigado á otros por el favor lo que á ellos les debía la justicia. Más de una vez les habrá causado repugnancia y escándalo la contemplación de las grandes nulidades enaltecidas, de las grandes iniquidades recondensadas. Más de una vez se habrá quebrantado su entereza viendo á los seres queridos participar de su infortunio. ¿Qué importa? Ellos han sentido, han amado, han gozado las satisfacciones del espíritu, han experimentado la sublime embriaguez del ideal, han hecho su deber, han disfrutado el deleite supremo del sacrificio, y no ex-

perimentan envidia, sino lástima, por esas pobres naturalezas de los seres positivos, incapaces de elevarse un punto sobre la esfera de los placeres de la humana animalidad. Cuando llegue la hora de partir, pueden afirmar con entera razón que han vivido.

Alfr. do Calderón

## Rápida

El decantar es propio de los españoles. Como aduladores no hay que negar que lo somos y muy mucho: como volubles, también. Apludimos al último que llega, aunque no haya causa que justifique tales aplausos. Por eso España jamás saldrá de la postración en que está sumida, quizás no sea nunca dichosa y floreciente, pues la coquetería de sus hijos impide que los hombres de nobles corazones, holgadas voluntades y reconocidas honradeces, hagan por sacarnos del presente estado last mero, para colocarnos en un periodo henchido de bienestar y felicidad. El inconstante pueblo español que hoy bate sus palmas y envía sus adhesiones á cuantos con razón pregonan la democracia como única salvación de la Patria, mañana aplaudirá á los reaccionarios que prediquen descaradamente, cínicamente como panacea nacional las tradicionales formas de gobierno que hace algunos siglos debieron caer en desuso. Por eso España aseméjase á un alcahaz de insanos, que todos los encerrados en él gritan, sin que ninguno se entienda. Y es que los españoles sentimos mientras oímos, y oímos mientras repercuten en nuestros oídos las ondulaciones del aire que nos transmite las palabras, pero una vez que estas se pierden en lo indefinido, ya no nos queda ni el más leve recuerdo. Si las reductoras semillas esparcidas por algunos hombres honrados hubiesen germinado arraigadamente en los corazones de los españoles, y todos unidos, al solo grito de la salvación de la Patria nos hubiéramos arrojado á la lucha con nobleza y vigor, para hacer flotar al viento y á la verdad, y sepultar en el olvido el mal y el error, procurando al mismo tiempo desterrar pasiones, envidias, odios y rencores, España ocuparía entre las potencias civilizadas el puesto precisamente que debiera corresponderle, y sus habitantes seríamos dichosos; para esto es necesario, voluntad, valor y constancia. Cuando reunamos estas tres condiciones, entonces seremos los españoles felices.

Luis Guirao Cañada

## Turno pacífico

Y va de ciclones ó vendabales, como el lector guste y Danio tenga á bien calificar.

Los otros días en Madrid, ayer en San Sebastián y mañana ó al otro no sabemos si á Murcia le tocará el turno. Los ciclones á guisa de políticos (viva el clasicismo!) disfrutan del turno pacífico; hoy barren esta población, mañana limpian aquella... y conste que no lo decimos por Murcia, que, á lo cierto, está necesitada de varios ciclones que la fijen, den brillo y esplendor...

A propósito. Estuve á punto de hacer cierta figurita retórica que quizás me hubiera valido una pifia de los señores del margen... de la literatura.

El ciclón—iba á decir—extiende sus poderosas alas por las provincias españolas, mas recordé que ya un revistero taurino, en el colmo de la inspiración había dicho que Murcia se preparaba á extender sus alas taurómacas, y no quise exponerme á un fracaso.

No todos podemos manejar la plancha con el aticismo de Cecilia Aznar.

Si, caros súbditos de Moret y comparsa, los ciclones y vendabales sobre ser convenientes son higiénicos, los pobrecillos ¡ay! cargan con los discursos de nuestros políticos, que es lo más cargante del mundo al decir del sabio y sesudo doctor Pangloss.

Lástima grande

que no sea verdad tanta belleza.

Y tanto. Como que sería lo único que pudiéramos desear los habitantes de este valiente pueblo ibere; sin que sea menester jurarlo.

Para qué si no íbamos á tener un

Práxedes tan *longevo*, como se le ocurriría decir á cierto chico que yo me sé y me callo, al frente de un gabinete liberal... El liberal lo soy yo que tal calificativo le *empeto* á quien, por sus obras, sólo podrá parecer al vulgo, (necedad aparte) el más consecuente «sí que también» convencido reaccionario «de los actuales tiempos que corremos».

Verdades ¡ay! son estas que entristecen, afligen, acojan y prueban que no es oro todo lo que reluce y que

todo es según el color del cristal con que se mira.

Verdad tan grande que pasma comprender todo su alcance, y hace que á los *doctos* le salgan las lágrimas á los ojos, bien así como á Moret le *salen las combinas* de gobernadores.

Para algo es ministro de la Gobernación y se parece á los ciclones, vendabales y huracanes, que *fijan*, *brillan* y dan *esplendor* á las poblaciones por donde pasan, ó discurren, de incógnito, por supuesto; sólo que Moret se fija, en vez de fijar, brilla, en vez de dar brillo, y á España en vez de dar esplendor, resulta *espléndido*.

Y váyase lo uno por lo otro.

El Bachiller Lanuza

## Catástrofe en Venecia

Hundimiento de la torre de San Marcos

Se ha desplomado en ruinas en Venecia la famosa torre de San Marcos, que ocupaba un extremo de la plaza del mismo nombre, frente á la Basílica de San Marcos é inmediata al palacio de los Dogas.

El llamado *Campanille* de S. Marcos era una de las torres más hermosas, algo inclinada, aunque no tanto como la de Pisa, y construida toda de mármol rosa, gris y blanco.

Se subía á ella por una rampa muy suave, que permitía el acceso hasta á caballo.

La catástrofe ha causado consternación en toda Italia, que se ve privada de uno de sus más famosos monumentos.

El hundimiento produjo un inmenso estrépito, levantando nubes de polvo que llegaron hasta á los inmediatos canales.

Los bloques de la torre, al desplomarse, causaron gravísimos daños en el palacio Real, en las logias de ambos lados de la plaza y en la llamada Procuradoría Vieja.

Al reconocer ayer la torre los arquitectos de la ciudad, observaron varias grietas, pero no creyeron ni remotamente que fuese tan inminente el peligro.

A pesar de esto, se prohibió la circulación por la plaza de S. Marcos y á esto se debe felizmente que no hayan ocurrido desgracias personales.

El desplome produjo en toda Venecia una fuerte trepidación.

Témese ocurran nuevos desastres en Venecia, teniendo en cuenta la singular construcción de la ciudad de las lagunas.

El *campanille* era de sólida construcción y prometía una vida de muchos siglos.

Ignórase ciertamente el origen del siniestro; pero se cree que este hundimiento tan repentino obedece á las filtraciones de las lagunas, que han hecho una depresión en el terreno en que descansaba la torre.

En el hermosísimo palacio de los Duxs ó los Dogas, se notan también muestras evidentes de que el artístico edificio va careciendo de estabilidad por depresión del terreno.

Son necesarias y urgentísimas, eficaces reparaciones para evitar un nuevo desastre.

Los artistas muéstranse impresionados por este peligro que amenaza á la hermosa Venecia.

## LAS VELADAS DEL CARMEN

Desde hace años no se han visto en el barrio del Carmen unas fiestas tan animadas, con tanto gusto discurren y con mejor gusto llevadas á la práctica, como las de este año. De lo cual pueden estar orgullosos los vecinos de la popular barriada.

